II

Antología
Con Cierto Recuerdo

edulp
EDITORIAL DE LA UNLP

Ediciones EPC
de Periodismo y Comunicación

FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACION SOCIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Antología

Con Cierto Recuerdo

Decana
Andrea Varela

Vicedecano
Pablo Bilyk

Jefe de Gabinete
Martín González Frígoli

Secretaria de Asuntos Académicos
Ayelén Sidún

Secretaria de Investigaciones Científicas
Daiana Bruzzone

Secretaría de Posgrado
Lía Gómez

Secretario de Extensión
Agustín Martinuzzi

Secretario de Derechos Humanos
Jorge Jaunarena

Secretario Administrativo
Federico Varela

Secretaria de Finanzas
Marisol Cammertoni

Secretaria de Género
Delfina García Larocca

Secretario de Producción y Vinculación Tecnológica
Pablo Miguel Blesa

Antología con cierto recuerdo II : concurso de relatos 2021 / Kevin Eisenberg...
[et al.]. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de
Periodismo y Comunicación Social, 2022.
Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-34-2084-3
1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. I. Eisenberg, Kevin.
CDD A863

Diseño y maquetación: Franco Dall'Oste

Editorial de Periodismo y Comunicación
Diag. 113 Nº 291, La Plata 1900, Buenos Aires, Argentina.
+54 221 422 3770 Interno 159
editorial@perio.unlp.edu.ar / www.perio.unlp.edu.ar
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata

FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACION SOCIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
Ediciones EPC de Periodismo y Comunicación
edulp EDITORIAL DE LA UNLP

ÍNDICE

Breves palabras iniciales 6

RELATO GANADOR:

La seña del ancho - Kevin Eisenberg 7

PRIMERA MENCIÓN:

Al calor de la laguna - Juan Manuel Cuello 10

SEGUNDA MENCIÓN:

Una valija amarilla - Romina Olejarczyk 12

FINALISTAS

Convicciones - Carlos Hugo Araneda 16

El mate - Pablo Jacobo 19

El exterminador - Carlos Fabio Leoncini 21

EL Regreso - Norma Elcira Peralta 24

En Lobos - Héctor Omar Saldaña 27

El otro lado del banco - Lara Ubierna 30

Doña Hermelinda - Amelia Rosa Pérez Viecho 33

BREVES PALABRAS INICIALES

"Un nuevo comienzo", así definió Silvana Rossi, Jurado de Honor del Concurso Con Cierto Recuerdo II, a esta convocatoria. Sus palabras anticiparon los materiales que recibimos, porque en esta ocasión la presencia de la Pandemia aparece menos presente que en la edición anterior. Están sí, sus esquirlas, el aire de época que actúa como una segunda melodía, pero ya no domina la incertidumbre.

Los invitamos, entonces, a bucear por estas historias, donde nuestra querida Provincia de Buenos Aires, sus identidades y costumbres ganan la escena.

Agradecemos a el centenar de participantes que confiaron sus escritos y también a Marina Arias, Ulises Cremonte y Facundo Abalo, jurados de esta edición.

Desde la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP nos interesa estimular la creatividad, escuchar nuevas voces que no solo testimonien cada una de las individualidades, sino que sepan representar un sentimiento colectivo.

Marzo del 2022

Doctora Andrea Varela

Decana de la Facultad de Periodismo y

Comunicación Social (UNLP)

RELATO GANADOR:

LA SEÑA DEL ANCHO

KEVIN EISENBERG

El calor avivaba la curda, y derretía el cielo azul sobre el pastizal pampeano. Azul como el forúnculo en el párpado del Chapa, que ya se le derramaba en el ojo. Jugábamos la recta final del truco, y el Chapa merodeaba la mesa con el bamboleo de un boxeador enorme y castigado. El Piraña lo cazó de la jeta:

—Hielo, pelotudo. En este ojito lo que necesitamos es hielo.

Su labia traslucía confianza, y el Chapa se dejó llevar. Qué calentura me dio, una vez que ligaba el ancho de basto, y el Piraña va y abandona la partida así nomás: dejándomecon el guiño atragantado en el ojo.

Tapamos las cartas. Los hielos que debían tintinear en los vasos fueron a parar a un repasador. Lo que daba respiro es que aún quedaban dos cajones de birra. El Gringo Julián, el más pulenta de los cinco, ordenó:

—¡Muevan el orto! Miren este desgraciao, cómo tiene ese ojo.

El Edu, o el Cofla, se aferraba a las cubeteras que golpeteaba en la bacha con el ánimo de un molino olvidado. Yo hacía de cadete: apuraba el paso con el repasador porque los hielos se derretían rápido rápido. Frente al sillón donde se hundía el convaleciente, el Piraña se encargaba de las curaciones:

—¡Aguante, mi viejo, que en un ratito nomás te doy el alta! El ancho de basto me llamaba desde la mesa interrumpida.

—¿Terminamos el truco? —pinché.

—Pierde la gracia jugar cortado —sentenció el Gringo—. Hagamos campeonato de puntería, que es más ligero. —Y se mandó para la pared, esquivó a nuestro enorme oso de peluche y descolgó la carabina.

Tras los disparos, las vacas saltaban como negro en baile pero las botellas en los fardos ni se mosqueaban. Entre ronda y ronda, tratábamos la "forunculitis aguda". Así lo había diagnosticado el Piraña, quien podría haber sido un gran doctor, si no se hubiese convertido en un estupendo delincuente.

El Gringo mandó arrancar el campeonato. Entonces, desde el rancho se oyó un alarido que rajó el adobe. Viendo que al Gringo le era imposible apuntar, fuimos a ver al molesto. A pesar de todos los esfuerzos, la ceja besaba el cachete. Ya no dábamos abasto con las cubeteras, y tuve una ingeniosidad pa´ que no se aguara la tarde: congelar los frasquitos de yogur que añejaban en el fondo de la heladera.

Volvimos a la línea de tiro. El Gringo dispuso que le tiráramos al Rengo, el oso de peluche que habíamos ganado de chiquilines en la kermés del pueblo. En aquel tiempo, al oso lo llevábamos siempre a nuestras excursiones al campo, y en una que tuvimos quecorrer —chancho salvaje chillando a mil— el oso había perdido una pata, y de ahí en más lo llamamos Rengo.

—Che, Pelu —me dijo el Gringo, señalando al rancho— traé al Renguito.

Noté que el chivo del convaleciente y el deshielo habían hecho del sillón un charco

¡Con lo que nos había costado hacernos de ese sillón! Ahí nomás les pegué el grito. Encamillamos al molesto en una manta y lo cargamos hasta el pajonal, el cielo se había enrojecido. Estaqueamos al oso en la cruz del fogonero.

—¡Vayamos al grano!—gritó el Gringo y señaló con la cabeza al chapa. El ojito abierto, una burbuja de miel, miró para otro lado. Que risa compadre...—¡El premio seráuna damajuana! Una potable, nada de pijotear. El blanco es el ojo izquierdo del oso—. Volvimos la mirada al Chapa: una lombriz a punto de encarnar ¡Ay, que risa!

La bala del Piraña hizo sapito por encima del Chapa, y nos acobardamos más que el enfermo cuando vimos erguirse una sombra en el pastizal.

—¿Quién anda ahí?—apuró el Gringo.Aquello apenas oscilaba.

—¡Soy yo!—se escuchó.

—¡El Edu!—cantamos a coro.

—¡Que siesta compadre!—dijo, desperezándose. Y estando a unos pasos del Chapa empezó a gritar— ¿Están ciegos? ¡Esto es una emergencia!

Fue un cachetazo de sobriedad porque enseguida arrastramos la manta hasta la renoletadel Piraña, y aceleramos a campo traviesa. En un abrir y cerrar de ojos llegamos a la viejapulpería, convertida recientemente en salita médica e inaugurada por el intendente Ramón"el Sapo" Trujillo. El olor a hospital se mezclaba con el de los embutidos aún impregnado.En uno de los platillos de la balanza reposaba una pata de jamón y en el otro hacía contrapeso una pierna ortopédica. La doctora Verónica, pelirroja y de atentos ojos verdes, pidió que metamos al paciente en la cocina donde habían ubicado la camilla.

—Y se me esperan afuera, esto no se ve nada bien. —ordenó con su voz empalagosa.

De camino, el Piraña manoteó una ginebra que giramos bajo el farol de la esquina en absoluto silencio, interrumpido únicamente por los alaridos del internado.

Habrá sido porque la doctora compartía coro con mi tía Matilde que me señaló a mí paraque la acompañase adentro. La seguí mirando el suelo a paso de quien no quiere llegar hasta la cocina, y solo alcé la mirada cuando vi su sombra crecer sobre mis pies.

—Ahora ya saben—canturreó— para los forúnculos: ¡Es calor, es calor!

Mientras, extendía un frasquito de formol similar al de los yogures, flotando en el líquido viscoso, disimulada pero enfurecidamente, el ojo del Chapa me guiñó la seña delancho.

PRIMERA MENCIÓN:

AL CALOR DE LA LAGUNA

JUAN MANUEL CUELLO

De pronto el cielo se oscureció por completo y la laguna comenzó a moverse de manera extraña. No con ese suave movimiento como ocurre normalmente, ni tampoco eran esas olas arrogantes que en los días de sudestada golpean con fuerza en la bajadita. El agua de la laguna se comportaba como si estuviera en ebullición. Los primeros que avistaron el fenómeno lograron ver como un extraño vapor comenzó a subir lentamente por la superficie del agua llegando hasta casi los dos metros de altura, y ahí se mantuvo de manera constante asemejándose a una enorme pileta termal. Era también extraño que la temperatura del ambiente no fuera mayor que la habitual en los meses del invierno en Chascomús. Estábamos en julio, y el frío se hacía sentir gracias a la humedad autóctona que hace que te atraviese los huesos.

Cuando las fotos y videos del evento empezaron a viralizarse a través de las redes y grupos de WhatsApp, la ciudad se congregó alrededor de la laguna. Los más de treinta kilómetros que circunscriben a la mayor de las encadenadas estaban ocupados por casi todos los habitantes de la ciudad; en cuestión de minutos dejaron todo lo que estaban haciendo y fueron a ver el espectáculo. De pronto quedaron sin efecto las obligaciones, los empleos, las tareas.... ¡y las medidas del distanciamiento! A nadie le importó nada de todo eso. ¡Es el fin del mundo! -gritaban miembros de una iglesia minoritaria. ¡Es una señal de Dios! – gritaban miembros de una iglesia mayoritaria. ¡Es un flash! – murmuraban unos jóvenes mientras se quitaban la ropa y la dejaban apilada formando una montaña. ¡Alto! – ordenaban por megáfonos los policías sin ser escuchadas sus advertencias. ¡No se metan que puede ser peligroso! – gritaban unas madres a sus hijos.

En poco tiempo la noticia había dado la vuelta al mundo. Las autoridades locales estuvieron presentes en millones de pantallas simultáneamente. El intendente en escasos minutos era casi una celebridad y los seguidores en sus perfiles en las redes se multiplicaron exponencialmente. En el espacio los satélites sólo tomaban imágenes de la laguna de Chascomús.

Los primeros en meterse a la laguna invitaban al resto a entrar a esa gigantesca pileta termal. La temperatura del agua no era tan alta como parecía. Rondaba los treinta y cinco grados, pero en algunas zonas llegaron a medir temperaturas de hasta cuarenta y dos grados y algunas personas comenzaron a hablar de sus propiedades curativas. ¡Me curó el reuma! – gritaba uno. ¡A mí la artritis! – exclamó una anciana. Los científicos del INTECH recolectaron muestras en distintos puntos para analizarlas y no encontraron nada extraño. Los habitantes de Chascomús y ciudades vecinas empezaron a llegar con equipos de música y bebidas de todo tipo. Y después de unas horas todos bailaron con todos. Y gritaron fuerte, y rieron, y lloraron, y se abrazaron y algunos se besaron. Todos se olvidaron de la pandemia y nadie quería que ese momento terminara; pero el tiempo corría igual a pesar del deseo colectivo.

Un adolescente, tal vez agnóstico, se quedó en pausa y preguntó- ¿y si todo terminara hoy? Sería de la mejor manera – contestó una mujer que bailaba sonriente, dando vueltas, solitaria.

SEGUNDA MENCIÓN:

UNA VALIJA AMARILLA

ROMINA OLEJARCZYK

Esa mañana, ella desapareció.

Él la esperó algunas horas, hasta que se dio cuenta que no iba a volver.

Lo dejó en un silencio de cementerio, de tumba. Como si nunca hubiera existido.

Lo único que le dejó fue la valija amarilla. Había quedado tirada arriba del sofá y ya teníauna capa de tierra encima.

Miró la valija. Es verdad, era anticuada, pero sin dudas pegaba con su casa: una casa chorizo, vieja, de esas que abundan en Escalada.

Esa había sido la casa de su infancia, luego la de su viejo y ahora era sólo ese par de paredes con techo de chapas y un patio con pocas plantas que lo había recibido en su vuelta al Conurbano.

Lo trajo la desgracia. Es que la casa era la desgracia. Allí había muerto su madre. Su padre se quedó sin trabajo. Él se enfermó y casi no la cuenta. Salir de allí fue respirar. Vivir.

No tenía dudas: recién cuando se animó a irse, las cosas buenas llegaron. Le fue bien en el trabajo, juntó plata, se compró una casa. El gran pendiente siempre fue el amor y creyó encontrarlo, paradójicamente, al volver a esta casa.

La maldición se había terminado. El ciclo de desgracias había llegado a su fin.

El encuentro fue raro. Hasta medio tétrico. Él estaba solo en un banco, con la mirada perdida. Se le partía el pecho del dolor, pero no se le caía una lágrima. Tenía la angustia asfixiante, esa que solo Dios sabe cuándo y cómo saldrá. Ella le habló

y fue como volver de un sueño. Le preguntó por qué estaba triste. Tenía una valija arriba de sus pier-nas y encima de ella, las manos.

¿De dónde había salido?

Entonces le contó del llamado de su tía y del viaje a las corridas. Lo que fue conseguir el pasaje y tomar el primer avión. Su padre quería hablar con él antes de morir, pero no llegó a verlo. Con él que se había tomado el palo hacía unos años, dejando al viejo tirado.

No sabe si fue por el remordimiento, pero cuando volvió a esa casa sintió la obligación de´quedarse. Reflotarla, ventilarla, pintarla, darle vida.

Desde el momento cero eso había sido un proyecto juntos. Con ella, que llegó de la nada a preguntarle cómo estaba. Que de golpe, con una valija, se le apareció sentada al lado. Que llegó con la neblina de esa mañana. Que se había ido armando con las gotas del rocío.

Ella también pegaba con la casa. No usaba celular y se llevaba a las patadas con la tecnología. Siempre inmersa en un mar de recuerdos, hablando de los inmigrantes que llegaron años atrás y de las pestes que azotaron Buenos Aires. Eso a él no le importaba,todo lo contrario, le atraía.

El último año había sido, sin dudas, el mejor de su vida.

¿Por qué la desaparición repentina? Sin una explicación, sin un saludo, sin un beso.

Levantó la vista y buscó las fotos que se sacaron juntos y que, hasta ayer nomás, seguían´colgadas en la puerta de la heladera. También se habían ido.

Agarró la valija y la abrió. Estaba vacía. Parecía un elemento escenográfico usado en algún teatro también polvoriento.

Como aquel día que la encontró, no pudo hacer otra cosa más que llorar. Se dio cuenta que hacía exactamente un año se habían conocido.

Tomó un remis y llegó al parque. Ese parque también parecía frenado en el tiempo: el pasto a la misma altura, las flores en un arcoíris armónico, la fuente y su sonido de mantra. Era como una transición entre la muerte y la vida. Un limbo.

De golpe tuvo la certeza de que iba a encontrarla, no sabía de dónde surgía esa seguridad,era más bien una sensación.

En el banco, abajo del tilo, ella hablaba con un nuevo transeúnte. En el momento exacto en que él llegó, ellos se levantaban y se iban en dirección a la parada de colectivos.

Ella cargaba otra valija exactamente igual.Todo comenzaba otra vez, pero sin él.

Entendió, entonces, que su año con ella había culminado. La tarea estaba cumplida.

FINALISTAS

(Presentados por orden alfabético de los apellidos de les autores)

CONVICCIONES

CARLOS HUGO ARANEDA

Agosto de 1975. Es de madrugada. Estoy parado en una de las esquinas de la plaza de Escobar. Siento que el frío se apodera de mis pies, va trepando por las piernas, se encarama sobre la espalda, alcanza mi cuello, las orejas y termina explotando en mi boca: "la reputa madre qué frío que hace".

Busco entre las sombras intentando descubrir la posición de Adrián (alias Tucán)y del colorado Jorge; no los veo. A Rubén sí lo distingo porque lo tengo a pocos metros en la única esquina iluminada; en ese instante aprieto con ganas el chumbo dentro del bolsillo de mi campera como si tuviera temor de que se me escapara ¡Qué idiota!

Me recuesto contra la pared. Mis ojos guiando como péndulo a mi cabezaintentan descubrir una posible amenaza. Nada.

Me cuestiono que hago ahí parado. Pertenezco a la parte directiva del sindicato y también estaba de acuerdo con que había que decretar un paro, sin embargo estoy acá esperando para reprimir a quienes piensan como yo. Espléndida incongruencia la mía, digna de estas horas de sinrazón. En estos días el país entero está igual. Por momentos tengo la sensación de que todos somos marionetas de un poderoso titiritero hijo de puta.

De pronto un patrullero se desliza por la calle lateral. Da vuelta en la esquina y pasa frente a mí. Inclino la cabeza a modo de saludo. Sigue su marcha.

La policía sabe de nosotros. Apenas arribamos nos apersonamos en la comisaría.

—Comisario, somos de la UTA, del gremio oficial de los colectiveros. Hay una facción que llamó a un paro y el sindicato no lo oficializó. Tenemos versiones de que esta gente va impedir salir a trabajar a los compañeros de la 228. Nosotros venimos a

cuidar la partida de los micros. Somos varios y vamos a estar vigilando alrededor de la plaza.

—¡La gran puta! No teníamos noticias de esto. Y ya en un rato sale el primer coche. ¿Ustedes están armados? Bueno, está bien. ¡Ojo, tengan cuidado! ¡Sean prudentes! Igual nosotros vamos a estar rondando por la plaza.

El frío aumenta. Vuelvo a recriminarme qué estoy haciendo allí. Todos mis ideales ilusamente utópicos de obtener una mejor condición laboral para los compañeros, se terminaron aplastando contra la muralla de la burocracia gremial. Esos proyectos que en mis jóvenes años germinaron en mi pensamiento, con la esperanza de concretarlos siendo dirigente, hoy se sumergen en el fondo de la cloaca sindical. Es posible que algún día intenten asomar de nuevo la cabeza, pero ya van a tener olor a mierda.

Continúo reprochándome mi actitud. ¿No era yo quien siempre pregonaba que primero estaba el amparo de los compañeros, antes que la defensa del sindicato? ¿No será que soy uno más a quien las mieles del poder le cercenan las convicciones?

Veo gente arrimándose a la garita de salida de los micros. Ahora también reconozco al Tucán y al colorado yendo para el mismo lado. Cruzo la calle para acercarme. Por instinto o precaución vuelvo a tantear el fierro dentro de la campera. Me paro a unos metros mirando para todos lados. Raúl y el tucumano están en la vereda de enfrente, recién los descubro.

Un colectivo con todas sus luces prendidas se aproxima a la parada. Los pasajeros ascienden y el micro parte. Un auto de los nuestros lo sigue por las dudas. La custodia alcanzará hasta que llegue a la Panamericana, luego retornará a la plaza.

El Tucán, quien reviste el carácter de mandamás, viene caminando hacia mí. Al acercarse me dice:

—Parece que está todo bien.

—Sí, parece que sí.

—Por ahí era una falsa alarma.

—Lindo sería que de ex profeso hayan hecho correr esta bola y ahora estén en la terminal de Tigre parando a los compañeros de la 60".

—Ja, ja, ja, tenés razón, bueno sería, aunque esos muchachos saben cuidarse solos".

Un nuevo colectivo se arrima a la parada. Un torbellino de pensamientos se entrecruza en mi cabeza. El Tucán está sólo a unos metros de mí; aprieto los dientes.

—Adrián, me voy.

—¿Estás loco? ¿Cómo que te vas? Quedamos que hacíamos guardia hasta que amanecía.

—Ya lo sé, pero yo me voy igual.

—A los muchachos de la central no les va a caer bien y cuando se entere el gallego Fernández va a aprovechar para defenestrarte; sabés que está desesperado por agarrar la manija de la seccional.

—Me chupa un huevo, me voy igual.

Camino hacia el bondi que inicia la partida. Está por cerrar la puerta paraamortiguar el insoportable frío. Le hago seña, aminora y coloco un pie en el estribo. Estoy subiendo y escucho en tono suplicante la voz ronca del colorado:

—Baja, Pardo, no seas forro.

Camino por el pasillo hacia atrás y me acomodo en los asientos del fondo. Miro por la luneta trasera y los observo. Ambos quedaron perplejos, en la misma posición, viendo el colectivo alejarse.

Con las manos dentro de la campera me apoltrono en el asiento haciéndome una especie de ovillo. Quiero mitigar la baja temperatura y desterrar la bronca con mi propiapersona. De forma inconsciente, vuelvo a acariciar el chumbo dentro del bolsillo.

EL MATE

PABLO JACOBO

Por supuesto que traje el mate. El mate, y la reposera. Tenés que ver cómo me mira la gente. Es un viaje de dos horas en colectivo hasta acá. Y ahí estoy yo, sentada en el último asiento de la fila, con el equipo de mate en una canasta de mimbre, y la reposera chiquita. Casi siempre me cruzo con las mismas personas, ¿sabés? Y siempre me dan lástima, porque yo vengo hasta acá a verte a vos, pero me parece que la mayoría de los que me cruzo, un domingo a esta hora, en el colectivo, están yendo a trabajar. Y pienso: «¡Qué pena tener que trabajar tan temprano un domingo!». Pero bueno, supongo que cada uno tiene que hacer lo que le toca, ¿o no? Nosotros también tuvimos nuestras épocas de sacrificios. Como cuando vos llegabas de la fábrica a las siete de la mañana, con las manos negras de trabajar y yo ya estaba ahí, levantada, con el mate listo arriba de la mesa, esperándote. Era lindo disfrutar juntos de ese momento del día. Ver cómo el sol se levantaba de a poco, escuchar los gorriones que se iban despertando, hablar un rato de cómo iban las cosas en tu trabajo y en el mío. Hasta que vos te levantabas para ir a meterte enla ducha, y yo agarraba mis cosas y salía. Y me pasaba todo el día en la calle, de colectivo en colectivo, de barrio en barrio, limpiando casas hermosas en las que nunca íbamos a poder vivir vos y yo; y ordenando juguetes. Esa parte me dolía, ¿sabés? Te lo digo sinceramente: me dolía que vos no pudieras tener hijos. Pero, por otro lado, creo que fue mejor porque, si hubiéramos tenido hijos, ¿quién los criaba? Con tus horarios y los míos, hubiera sido imposible. Y durante todas esas horas, mientras fregaba pisos y repasaba vidrios, lo que más quería era volverme a casa. Y cuando llegaba, ya de noche cerrada, vos estabas ahí, esperándome a mí con el mate listo, y con alguna factura o unos bizcochos o algo así. ¿Y sabés quéme puse a pensar? Que no me acuerdo un momento en el que

hayamos estado conversando, vos y yo, y que no hubiera un mate de por medio. A la mañana cebaba yo, y a la tarde lo hacías vos, y esos días rarísimos que nos coincidían los francos y nos íbamos caminando hasta la plaza que está enfrente de la parroquia ya vos te apenaba ver cómo a mí se me iba la vista detrás de los nenes, mientras pensaba que nosotros nunca íbamos a tener uno nuestro, siempre llevábamos el mate. Y el agua caliente era lo que determinaba la duración de la salida, ¿o no?

Porque nos sentábamos, y empezábamos a cebar, y apenas se terminaba el agua nos mirábamos y nos íbamos. Y hoy a la mañana, mientras preparaba todo para venir acá, me angustié mucho. Me pareció que todo era absurdo, y que no tenía sentido, ¿sabés? Todo el sacrificio que hicimos... ¿para qué? Sí, compramos el terreno, construimos la casa, ¿y ahora? ¿Quién se la queda? Nadie. Está ahí: todos esos días rompiéndonos la espalda para convertir las horas en ladrillos y ahora, cuando yo no esté, va a ser lo mismo que nada. Y esto que estoy haciendo, tampoco tiene sentido, ¿o no? Yo te quise con toda el alma, pero no sé. No sé si vosme estás escuchando, y no sé si es de persona cuerda hacer lo que estoy haciendo.

¿Quién se levanta a las seis de la mañana un domingo para cruzarse toda la ciudad hasta la otra punta con su reposera, para venir a sentarse a tomar mate entre las tumbas, en un cementerio?

EL EXTERMINADOR

CARLOS FABIO LEONCINI

Esa mañana el celular no dejaba de ronronear en su bolsillo. Su casilla se encontraba colmada de mensajes y todos ellos con una particularidad. Todos eran clientes de zona norte. No podía detener su Fiorino, estaba por entrar a la rotonda de Uruguay y Panamericana, así que siguió de largo por Camino Bancalari hasta el Walmart de San Fernando. Allí dobló en la rampa de ingreso al estacionamiento, buscó un lugar tranquilo, ya sin miedo a ser sorprendido por los amigos de lo ajeno. Tenía la caja de la camioneta cargada con sus herramientas de trabajo. Bajó la ventanilla, se encendió un fazo y abrió la mensajería. Lo primero que se le abrió fue el *feed* de noticias.

INVASIÓN DE CARPINCHOS PREOCUPA VECINOS DE NORDELTA

Vecinos del barrio privado de Nordelta, ubicado en el partido de Tigre han estado divididos por la llegada de estos roedores.

—Pero qué carajos...no se puede creer—. Oscar no podía creer lo que leía. Hizo un *scroll* de pantalla y siguió leyendo en voz alta.

—Estos roedores puede llegar a medir hasta un metro y medio de largo y pesar alrededor de 60 kg, lo mismo que peso yo y casi lo mismo que mido acostado—. Dijo Oscar y pensó que matar un bicho de estos sería como matar un chico o peor, un petiso como él.

—Los vecinos se encuentran divididos en el barrio Laguna del sol entre los que defienden a los gorditos peludos y los que quieren exterminar esas ratas apestosas—. Leyó en voz alta Oscar. Luego cerró el feed de noticias para pasar de lleno a los mensajes.

—Están todos de la nuca estos careta—. Dijo mientras revisaba los textos del WhatsApp. Para su sorpresa todos los mensajes que habían llenado su casilla eran de sus clientes de Nordelta.

Mensaje 1 – audio.

—Hola Oscar, tenés que venir urgente!!! Estamos rodeados de carpinchos...tengo todo el parque cagado hasta la entrada, no podemos ni subir la Hilux, es un asco...Ah, sí soy Martita—. Qué vieja del orto Dios mío, pensó Oscar.

Mensaje 2 - audio

—Oscar, habla Clara, disculpe, Buen día. Tiene que venir urgente, los tengo a todos acá, una familia entera, mire...le mando una fotito [imagen de una familia de carpinchos asomados contra la ventana]. Los ve, es horripilante, están paraditos en dos patas con la nariz contra el vidrio y sus ojazos escudriñando todo, me siguen, me siguen con la mirada a todas partes, no se puede andar más en pelotas en esta casa, y si deciden entrar??...por favor lo necesitamos ya!!!—. Esta está más atacada que la anterior, dijo Oscar mientras catapultaba el pucho hacia afuera con habilidad olímpica.

Mensaje 3 – audio

—Buen día Oscar [voz sigilosa]. Disculpe que lo moleste, soy el esposo de Martita. Escuché a mi esposa que le estaba dejando un mensaje. Le quería decir que los muchachos del club de caza y yo nos vamos a encargar del problemita, no se preocupe por nada, ¿OK?. Saluditos—. **¡Este hijo de puta está peor que la esposa, por algo andarán juntos!**

Y así los mensajes seguían solicitando ayuda urgente de sus servicios como exterminador de plagas. Sin embargo, él estaba acostumbrado a lidiar con otro tipo de plagas. Este parecía más un problema de la incumbencia de un guardaparques que de

un humilde exterminador. Suponiendo que los quisieran atrapar vivos, no tenía una jaula de semejante tamaño. Y aunque construyera tal dispositivo, después qué. Sería como deshacerse de un perro.

—No, no, de ninguna manera. Esto es algo muy distinto de una plaga. No tengo estómago para matar a uno de estos adorables bichos, mucho menos a una familia entera de carpinchos. ¿Pero qué clase de monstruo se creen que soy? ¿Y ellos?. Después de todo, los verdaderos dueños, los habitantes autóctonos de Nordelta son los carpinchos, el barrio cerrado había sido construido sobre los humedales en donde vivían estas criaturas que ahora venían en manada a reclamar su derecho de propiedad—. Con estos pensamientos éticos, Oscar dejó que la pantalla de su celular se cerrara. Abrió la guantera y acomodó su .45 con cargador de balas de plata. Luego salió del Walmart y tomó la Panamericana con dirección ruta 8, ciudad de Los Cardales. Allí lo esperaba un cliente con un problema de infestación por licántropos.

EL REGRESO

NORMA ELCIRA PERALTA

"Bajo y tras del universo, espacio y cambio, ha de encontrar-
sesiempre la realidad sustancial, la verdad fundamental".

Hermes Trismegisto. El Kybaliòn

Morir es desear volver a la fuente. La decisión de cumplir con el contrato. El problema está en los que implicamos en el hecho y en el momento.

El bullicio en el salón no me permitió la certeza; pero en la pizarra, en letras desparejas, aparecía la palabra Chillar. No cabía duda: había sido designada como Asistente Social.

—¿Acepta el cargo? —preguntó la secretaria.

No lograba determinar si el asombro se mezclaba con la alegría por mi primertrabajo seguro o la prisa por contarle a mi madre que iría a su pueblo.

—Comienza el lunes tres de marzo —confirmó.

Primer día del ciclo lectivo del año de mi vida de mil novecientos setenta. En Azul, a cincuenta y ocho kilómetros del lugar donde había nacido, partía hacia mi pasado. El portafolio nuevo sobre mi falda, completo de papeles ansiosos porser poseídos por historias, y mi alma estampada en aquella fotografía en la queaparecía la sombra de mi padre, larga, delgada, con deseos de escapar de los límites, y una niña que reía y que nunca logré reconocer. Me costaba entender el por qué otras -siempre las "otras"- tenían padres corpóreos, que abrazaban, gritaban, hasta castigaban, y yo te-

nía solo una sombra. Después creo que lo entendí, o entendí a mi madre; tres años de matrimonio y su hombre había

decidido morir. Ella, para seguir, también tomó una decisión: borrar su recuerdo,para ella y para mí.

El colectivo se deslizaba lento. La tensión vencía a mis ojos que se iban cerrando con el carreteo del bus.

—Soy Van Gogh —me dijo en ese momento un hombre que era como un personaje salido de un cuento de Borges—, y soy abogado —continuó—. Estoydispuesto a ayudarla en esta crisis. Usted es muy joven y entiendo que no sabequé hacer con el muerto que lleva en su portafolio.

No supe muy bien en qué lugar me hallaba, si en uno intrascendente o en el clásico de un detective privado de novelas policiales. Las cortinas estaban corridas pero la pequeña lámpara lograba realizarse en brillo sobre la cabeza calva por arriba y de cabellos canos y largos por debajo, atados con una goma.Sin querer mis ojos se deslizaron hacia su pantalón ligeramente mojado.

—Disculpe —dijo—, sufro de incontinencia.

Le faltaba una oreja, como al famoso pintor. ¿También sería loco? No tuve tiempo para responder, porque se levantó del sillón giratorio y se colocó frente amí, que mido uno y cincuenta y seis; percibí que era bajo. Me miraba con ojos penetrantes pero de un cierto dulzor incomprensible. Ya no hablaba. Extendió subrazo y me indicó la salida. Un sendero dorado difuminó la despedida.

—¡Chillar! —anunció una voz varonil—. Me parecía imposible haberme quedado dormida y haber tenido semejante sueño.

Llegué, tomé mi puesto y salí a la calle. Recordé las palabras de la profesorade Práctica: "Una buena Asistente Social no pertenece al adentro, al escritorio".

La primera visita: una señora de la edad de mi madre, muy amable, me recibiócon alegría. Resultaba ser la tía del niño por el que yo preguntaba.

—¡Ah, N.P.! Pase, pase. Le presentaré a mi esposo. Leonardo fue muy amigode su padre, seguramente él la pondrá al corriente de todas las vivencias compartidas.

El hombre se levantó de su sillón giratorio para saludar y extendió su mano.

Era exactamente como el hombre de mi sueño.

Desde ese momento me di cuenta de que el misterio de la sombra fue mi realidad y por más que investigara habría tantos Abel como personas que lo conocieron.

Al regresar de esa primera visita a Chillar, miré el rostro de mi madre. Ella lo supo todo y no dijo nada. Subí al desván, busqué, encontré y colgué la foto de los dos. Felices.

No volví a soñar que había un hombre que no tenía rostro debajo de mi cama,ni a reclamar la dependencia de la felicidad. Yo tenía que sustanciar la mía y agradecer la herencia, porque ahí estaba el germen de mi transmutación.

EN LOBOS

HÉCTOR OMAR SALDAÑA

Moroso el tren. Campos y algunas estaciones: Marcos Paz, Las Heras... En el Empalme, crujen las ruedas sobre las vías con un chirrido tan lacerante que me quita de la ensoñación en la que me había sumido el traqueteo. Estamos cerca y, al fin, Lobos. Bajo mal. Cruzo por un descampado. Ojeo el mapa y corrijo la dirección, cruzando un paso a nivel. Son unaspocas cuadras y encuentro el viejo puente de ladrillos sobre el canal Salgado. Ahí, dicen, tiraron o enterraron los huesos de Moreira después de quitarlos del cementerio. Desde entonces, ronda su fantasma.

El pueblo promociona con afiches una especie de circuito con sitios que hacen referencia a aquel gaucho. Paso por un moderno sanatorio, que alguna vez fue "La Estrella", el burdel donde lo mataron. Supongo no ha de ser el de aquel tiempo el paredón del fondo por el que intentó en vano saltar y quedó aprisionado –clavado por la espalda, literalmente- por la bayoneta del sargento Andrés Chirino, integrante de la partida que fue a apresarlo.

Narra Eduardo Gutiérrez que hasta el prostíbulo llegó Moreira, acompañado de Julián Andrade, cerca de las once del mediodía. Almorzaron un puchero de gallina, servido con unos vasos de vino. En el patio había cinco o seis habitaciones. Eligieron dos para pasar una siesta. Los milicos prendieron primero al amigo, totalmente dormido. Cuando van por Moreira y dan la voz que se entregue y no se haga matar, él aparece en el umbral con dos trabucos, abriendo fuego, para luego encerrase otra vez. Tres veces repitió el acto, para por fin saltar al patio con su daga. De nada servían los disparos de la policía: erraban por la mala puntería o por temblor. Se mide el capitán Varela, sable en mano, en una de esas descripciones épicas con que Gutiérrez nos tiene acostumbrados, pero logra abrirse paso el gaucho hacia el paredón. No ve al

sargento agazapado tras el brocal del aljibe, quien, al comprobar que pasado ya una pierna por sobre la pared, lo arremete. Aun así, Moreira tuvo tiempo de descargar un disparo que se incrustó en el pómulo del atacante. Desprendido, entonces, de la bayoneta que lo suspendía en el aire, sacó fuerzas para enfrentar a quienes

lo rodeaban y causar bajas. Cayó, al fin, entre vómitos de sangre. La escena la completa el escritor con el cuzquito que va por última vez a lamer el rostro de su amo; la camisa abierta, mostrando un pecho cruzado de cicatrices que recitaban, como si fuera una historia,todos sus duelos.

En estas páginas literarias pienso cuando me acerco a un pequeño edificio donde se filmaron escenas de la película de Leonardo Favio, el almacén "La Paloma". A esta hora está cerrado y pienso que, domingo, ha de abrir por la noche, y no hay tiempo para conocerlo por dentro. Pero antes quiero ver la daga y el cráneo de Juan Moreira, expuestos en un pequeño museo local. Para mi sorpresa, la calavera ya no está, la retienen en un depósito. Alguna autoridad ha dispuesto que no sea posible más exhibir restos humanos. Enla vitrina queda, sí, el facón legendario. Su porte impresiona: 84 centímetros de largo con laempuñadora de plata maciza; 73 la hoja toledana; una U ha reemplazado la tradicional S con que los paisanos suelen revestir sus armas blancas para parar los hachazos del rival.

La vitrina es endeble y nada la asegura. No hay nadie cerca. La jovencita que oficiaba de guía se ha marchado hacia los fondos. Abro la puerta de vidrio por detrás y saco el arma.Un viejo bolso de los marineros del puerto oficia de cómplice en el robo. Acelero los pasos hacia la salida y marcho hasta la estación. Pronto arriba la locomotora para el regreso. Pocos pasajeros en el tren. Disfruto por la ventanilla un crepúsculo hermoso. No sé por qué ese rojo me hace pensar en la sangre cuantiosa que habrá derramado Moreira con el facón que atesoro en el zurrón. Pasamos de nuevo campos y estaciones. En Mariano Acosta, creo,ascienden unos camorreros. El alcohol y los fervores antagónicos de algún clásico de fútbol(llevan camisetas de un club) los ha puesto violentos. Cuando la formación retoma la marcha, gritan improperios a otro

grupito rival que ha quedado en el andén. Estos tiran piedras. El guarda se acerca a llamarles la atención a los revoltosos. *"En mi tren..."* sólo alcanza a decir con tímida autoridad, cuando uno de los canallas le parte una botella por la cabeza. Me levanto enfurecido por la cobardía contra un viejo. Me desconozco. La sangre me hierve y las sienes me estallan de rabia. Saco la daga del morral y la esgrimo. Son sieteu ocho que ahora miran con pavor el arma. El corazón me late loco mientras avanzo decidido contra ellos. Entonces me vuelve a la memoria, otra vez, Gutiérrez que me tienta a darles un planazo de escarmiento. Ese segundo de duda ha sido un descuido providencial para ellos: han saltado del tren. Asisto al viejo que me agradece con la ternura de un abuelo.Entonces decido encomendarle un favor: que restituya, lo antes posible al museo, el arma que quién sabe en lo que me hubiera convertido.

EL OTRO LADO DEL BANCO

LARA UBIERNA

Ella lo amó en silencio desde el otro lado del banco de la plaza.

Cada mañana, lo observó contemplar las palomas que se reunían en sus pies a picotear lasmigas del pan casero y, sin quererlo, se le formaba una sonrisa.

Se encontraban todos los días en el mismo banco de hierro de pintura verde descascarada. Las tablas del asiento permanecían frías antes de que sus cuerpos ocuparan el espacio vacío.

Lo conoció en verano, en sandalias y bermudas.

Ella tomaba el sol de la mañana, ese sol que convida un calor tenue, todavía pálido, que se abría paso entre los álamos plateados y las últimas flores de los jacarandás, antes del mediodíaardiente de enero.

Con los párpados cerrados y la sombra de ojos color verde surcada en las arrugas, se dejabaentibiecer.

Y a través de las risas de los chicos que corrían por la plaza, sobre los chirridos de las hamacasque se balanceaban con el viento, por encima del ulular de las palomas curiosas, escuchó un suspiro.

Abrió un ojo y allí lo vio, recostado en el otro lado del banco.Él se volvió al sentir su mirada y le sonrió, sin hablar.

Sus ojos celestes, entre pestañas traslúcidas, la miraron.

Compartieron el verano entre pocas palabras, palomas y migas de pan, rodeados de chicosdescalzos y juegos de colores.

Al parecer él también quiso entretener sus manos, y pronto comenzó a traerse la pipa en elbolsillo. Más tarde, también empezó a traerse un bastón.

Ella troceaba el pan y él fumaba.

Se enamoró en otoño.

Por entonces se traía un ovillo de lana y un par de agujas grandes, y sobre la falda tendía losprincipios de una bufanda roja. Quería terminarla antes del invierno.

Cuando una hoja amarilla se posó sobre su hombro, giró la cabeza y no pudo evitar contemplarlo unos segundos.

Algo caliente se extendió por su pecho como un sorbo de té con miel.

Solo cuando él se volvió hacia ella, con los ojos achinados por el sol, la barba entrecana hundida en las mejillas, la pipa sosegada entre los labios secos, pudo correr la mirada. Pasado un rato, se percató de que aún sostenía las agujas inertes. No sabía cuándo había dejado de tejer, perdida en el dulce aroma del tabaco que desprendía el otro lado del banco.

Le regaló la bufanda en invierno.

Era una mañana helada. El propio sol se cubría con una manta de nubes grises.

Sin quererlo, se habían acercado un poquito más. El frío exigía el calor de los cuerpos, aunquetodavía no llegaban a tocarse.

Había escondido el regalo adentro de su tapado de piel. Le llevó un rato animarse. Fue troceando el pan muy lentamente y esperó a que las palomas se comieran la última miga antesde abrir los botones del abrigo y extraer la bufanda doblada.

Se la entregó estirando los brazos sobre el persistente espacio de banco que los separaba.Él sonrió y enrolló su regalo alrededor de la polera. El rojo le sentaba bien.

Ella había imaginado que luego la tomaría de la mano, o que se acercaría un poco más y asípodría apoyar la cabeza sobre su hombro de pipas y lana roja.

Pero la mañana transcurrió igual que siempre, sin palabras y mucho frío.

En primavera no volvió más.

Así, de un día para el otro, el otro lado del banco permaneció vacío.

La mañana desprendía esa frescura del césped recién podado, la humedad de la tierra, lamelosidad de la briza que sopla en septiembre.

Venía caminando por el sendero, sin medias y luciendo los tobillos desnudos, cuando ya delejos vislumbró el banco desocupado.

Se extrañó porque él solía llegar primero.

Con el presentimiento anudado en la garganta, se sentó y abrió la bolsita de pan. Las palomashabituadas ya comenzaban a reunirse bajo sus pies.

Esa fue la primera mañana que se quedó sola. Y creyó que sería la única.Pero la primavera pasó con el transcurrir de las flores lilas.

Y solo cuando los jacarandás comenzaron a impartir pétalos por el sendero de la plaza, ellaentendió que se había ido.

Sentada en su lado de banco, contempló el cielo despejado, se besó las yemas de los dedos ysopló.

Le envió el beso que no había podido conferirle antes.

DOÑA HERMELINDA

AMELIA ROSA PÉREZ VIECHO

Teodora se levantó muy temprano. Encendió el farol, puso un poco de agua acalentar, se aseó y fue a buscar el vestido celeste de los domingos. Se miró al espejo y salió corriendo hacia la cocina. Se arrodilló junto a su abuela mientras ledaba el cepillo y dos cintas de raso.

— ¿Se puede saber por qué anda tan alborotada? Parece caballo desbocao.Mire que vamos a la misa de Noche Güena y nos volvemos pa' las casa— dijo mientras le cepillaba la larga cabellera.

Separó la mitad del pelo y lentamente fue armando las trenzas.

—Yo también juí joven. ¿Usté cree que no me di cuenta que el Juancito le anda arrastrando el ala? El domingo pasao lo menos que hacía era escuchar al cura, se la comía con los ojo. Me acuerdo cuando doña Felisa me lo traía pa' quele cure el empacho. La pucha que pasa rápido el tiempo...

Teodora en silencio, ocultaba la sonrisa.

La abuela se incorporó con dificultad, se apoyó en el bastón con movimientosmuy lentos y, agitada, sacó de un cajoncito el frasco de colonia.

Teodora y su abuela sabían que ése era un día especial.

—Tome, póngase un poco y quédeselo. Yo ya no lo voy a precisar. Me lo diola mujer del finao García, que en paz descanse, cuando le curé la culebrilla.

Desde muy joven había sido la curandera de Ayacucho. No solo atendía a hombres, mujeres y niños, sino también curaba a los animales. Hasta los veterinarios, según decía, la llamaban para que curase la gusanera a los caballos.Ella cortaba un mechón de cerda de las crines y se lo ataba en las patas.

Murmuraba unas cuantas palabras y se hacía la señal de la cruz.

Collar de marlos para el moquillo, té de ortiga para las vacas lecheras ymurmullos entre dientes, que nadie entendía.

La especialidad de doña Hermelinda era curar de palabra. En su casa teníauna especie de altar con velas y todo tipo de santos auxiliadores que, según sus dichos, curaban a través suyo. San Acacio para los dolores de cabeza, Santa Bárbara para bajar la fiebre, San Blas para la tos y el dolor de garganta, Santa Lucía para los problemas en los ojos, Santiago Apóstol para los dolores de huesos, San Antonio Nonato para los partos difíciles y San Judas Tadeo. A ésteúltimo acudía solo cuando la persona estaba prácticamente desahuciada, dado que "concede una gracia, pero quita dos".

Ya era noche cerrada cuando regresaron de misa. Teodora sacó dos sillas. Enseguida la abuela se sentó.

—Vaya, m'hija, traiga los santitos y después junte ramas secas de los eucalito.Teodora corrió hasta la casa. Sacó los santitos y fue trayendo las ramas.

Hermelinda encendió un fósforo y lo arrojó. Rápidamente se hizo una granfogata.

—Ya es la hora. Venga, siéntese.

Tomó a su nieta de la mano y bajo la luz de la luna, la abuela le transmitiótodos los secretos del arte de curar.